

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción.

Toledo.—D. Elías Galán, Comisario, y ca.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Gigantones, 5, principal.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas
Número suelto.....	0,05
Idem atrasado.....	0,10

Pago adelantado.

LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD

EL MUNDO ROMANO: SU TRANSFORMACIÓN

III. La Iglesia y la igualdad.

¿Qué contraste entre el patricio y el plebeyo, entre el amo y el esclavo. El esclavo, en Roma, no tiene personalidad. Es una cosa, una mercancía. Roma y el Imperio están corrompidos por la riqueza. Los grandes han explotado las provincias conquistadas, años en la guerra, otros en la administración.

Suetonio, Salustio, Tácito, nos pintan la corrupción que reina en las altas clases y el odio que fermentaba en el pueblo.

Mientras los esclavos vivían ahorrados en la *ergastula* trabajando bajo el temor del látigo, del estilete o de la muerte, los grandes, como César, Antonio, Craso, Pompeyo, Cicerón y tantos otros ostentaban su insolente fortuna.

Séneca, el estoico, tiene 20.000 esclavos. Se sabe que Calígula prodiga 400 millones en un año para su lujo particular. Luculo gasta más de 25.000 pesetas en su comida. Helio gabalo alimentaba a sus perros con *foie gras*, a sus leones con faisanes y a sus caballos con uvas y cebada, dorada. Y se les esportaba. Es inútil pintar la vida de Pompeyo, de Agripina, y de Messalina.

En este medio se presentan San Pedro y San Pablo, para predicar la simplicidad de costumbres y la igualdad de los hombres delante de Dios.

Los Apóstoles pronto conquistaron para Jesucristo hombres de todos los rangos; sanadores, como Pudeos; caballeros como San Sebastián; patricios como Lúcio y Cecilio; manumitidos, como Nereo y Achiles; esclavos, como Empróciano. Ellos no hacen distinción entre sus diversos discípulos. Los grandes se cogen con los esclavos en la Iglesia; se arrodillan en el mismo confesionario; la mano del sacerdote bendice a unos y a otros. Los rangos de la jerarquía están abiertos lo mismo a los esclavos que a los hombres libres; todos participan de la misma sepultura. Después del sacrificio eucarístico en el día del Señor, los primeros cristianos tienen la costumbre de reunirse en un lugar cerca del Santuario para tomar, en común, un modesto desayuno. Es lo que ellos llaman las *agapes fraternales*. Nada más tierno, nada marca mejor la solidaridad y la igualdad entre los hombres: «todo es común entre nosotros», decía Tertuliano: nuestra *cena fraternal* se explica por su nombre de *agape*, que quiere decir caridad.

En la Roma pagana los despojos mortales de los esclavos se sepultaban en una fosa común ó se arrojaban a las bestias del circo. La Iglesia, al contrario, recogía piadosamente los restos de los esclavos cristianos. No eran separados de los demás, sino todos, libres y esclavos, eran colocados en el mismo cementerio, en el mismo rango; la misma veneración y el mismo respeto rodeaba á todos. Los antiguos cementerios cristianos de las catacumbas hacen fe de esta igualdad de todos los hombres ante la Iglesia.

Todos tenían acceso á los honores de la jerarquía eclesiástica. Todos los rangos de la sociedad proveían al sacerdocio: San Cornelio, Papa, y San Calixto, habían sido esclavos. Este último llevaba en la frente el signo de infamia que los paganos hacían grabar sobre los ojos de los esclavos fugitivos. San Calixto había pertenecido á un amo cruel y buyo. Se le buscó y se le marcó con el hierro encendido. El Pontífice mostraba este signo como un título glorioso para los esclavos que se encontraban honrados por sus angustias funciones.

Es aquí el espíritu igualatorio que la Iglesia había introducido en la sociedad moderna. Sea un germen poderoso que debía poco á poco transformar las costumbres y destruir el espíritu de casta. Para comprender la importancia de esta evolución, sería preciso haber conocido el régimen pagano. ¿Qué cambio tan profundo fue necesario producir en el corazón de los grandes de Roma para que ellos aceptaran su nivelación

con los esclavos que antes habían tratado con grande desprecio!

En resumen: la historia del mundo, antes de la Iglesia, es el martirio de los pequeños. No sólo los lobos comían corderos en plena libertad, sino que los filósofos justificaban este proceder.

Con la Iglesia todo cambia; los Pontífices, los Obispos, los Santos se levantan para la defensa de los pequeños y la igualdad va progresando.

UNATEO

¿Quién nivela y dirige en el vacío
La legión de los astros numerosa?
¿Quién opone á la noche tenebrosa
La luz del día, y el calor al frío?
¿Quién da instinto á los brutos y á las aves?
¿Quién desata la fuente bulliciosa?
¿Quién tiene en el vergel la fresca rosa?
¿Quién plataa los peces en el río?
¿Quién da instinto á los brutos y á las aves?
¿Quién modera las aguas turbulentas
Que son terror á las cándidas aves?
¿Quién apaga la voz de los tormentas?
Responde á mi pregunta si lo sabes,
Y si no crees en Dios... calla y no mientas.

Raimundo de Miguel.

Pensamientos.

La armonía entre la Autoridad y la Libertad aprovecha á la Caridad; y ésta aprovecha á Aquéllas.

—La Verdad, siendo una, unifica á todos cuantos se la adhieren.

—Convirtiendo cada cual á la Verdad en el único fin de sí mismo, la Verdad vendrá á ser el fin único de todos; y todos, por consiguiente, resultarán unidos en este mismo fin.

—De concederse á la Verdad diferente importancia por unos que por otros, resultará imperfecta la unión; porque poniéndola éstos antes y aquéllos después de sus inclinaciones y afectaciones, se la da un lugar secundario.

—Si admitiendo todas la Verdad, como su único fin, se la admite de distinto modo, acordándola al juicio privado; la unión entonces vendrá á ser irrisoria; porque sustituyendo á lo que aquélla tiene de común, el propio parecer, la diversidad de los conceptos; no sólo debilita á ésta, sino que la disipa. —(Augusto Nicolás).

No debemos consentir que nos toleren, sino aspirar á que nos persigan ó nos testifiquen. —(Vernillo).

La Iglesia es perseguida, porque posee derechos é impone deberes. —(Lacordaire).

Dos amigos tenemos que nos conocen para siempre sin que los veamos: Dios y la muerte. —(Ossian).

El amor propio es como un pozo sin fondo; aunque en él se echara el agua de todos los lagos del mundo, nunca se llenaría.

—Nadie puede elegir sus obligaciones; como nadie elige á sus padres ni el lugar de su nacimiento.

—Aun en los casos en que el hombre se considera feliz, existe en sus placeres cierto fondo de amargura; un yo no sé qué que pudiera llamarse la tristeza de la felicidad. —(Chateaubriand).

Fuerza divina difusiva de la doctrina católica.

La verdad es constantemente combatida. La luz es entabada en su cuartel. Los enemigos tienden al completo aniquilamiento, y aunque el triunfo del uno es la destrucción del otro como en el orden intelectual humano la verdad

luz, de la que proceden las demás verdades, no puede ser intuitivamente considerada mientras el hombre en esta infiera vida tenga su existencia, la verdad se mezcla muchas veces con el error, y otras los entendimientos ó son movidos por la violencia de las pasiones, ó carecen de fuerza para percibir y juzgar la verdad; de aquí los múltiples errores que pululan entre los hombres, y la furia de los ataques á la verdad. Para quienes la Religión ha tenido su misión en la tierra; para quienes el catolicismo es la mayor gloria para la civilización, progreso y cultura de los pueblos; para quienes el imperio de la razón es absoluto y la razón es la oposición diametral á la Religión, y sobre todo, á la Religión Católica, Apostólica y Romana, que es la "traba" como gritan, que se opone al bienestar de las naciones, contra ésta dirigen sus tiros para lograr darle muerte y sepultarla, "chacandola" en el attack con muchas llaves, y así jamás volverá á inquietar las conciencias de hombres tan timoratos, según parece serán los que de tal modo discurren.

No hay que temer la lucha entre el error y la verdad, siempre se estará librando; pero el error total jamás podrá triunfar, porque sería la destrucción de todo ser y su vuelta á la nada de los seres creados. La Religión Católica nunca será enterrada y sus sepultureros, desgraciadamente, serán sepultados en donde el crujir de dientes será perpetuo: ¡Desgraciados! Tengamos compasión de ellos.

Jesucristo anunció en aquella célebre cena, que tuvo lugar en Bethania en casa de Simón el islepto; que su Evangelio sería predicado en todo el mundo, y al mismo tiempo, se dice la acción de aquélla mujer, que tomando un vaso de alabastro lleno de un unguento precioso, lo derramó sobre la cabeza de Jesús, cuando estaba á la mesa.

Cierto es que esta mujer mereció alabanzas de toda la humanidad, porque unge á Cristo preparándolo para que reciba honrosa sepultura. Jesús habla que la acción de esta mujer es digna de que se predique en todas las partes del mundo, y por eso no ha de faltar su cumplimiento.

Por éste y otros testimonios que sería fácil aducir, se confirma que la doctrina de Cristo se esparcirá por toda la redondez de la tierra: No faltaron esforzados campeones que, sin miedo á los elementos naturales del frío, calor, humedad, montañas nunca transitadas, rios de veloz corriente y de curso helado; arenas en las que la respiración se hace imposible y si agua no puede refrigerarlos por carecer de ella, sin miedo tampoco á los animales feroces, y á las venenosas serpientes, despreciando todo trato de parte de sus semejantes, y en toda ocasión, dispuestos á dar su vida, diseminaron la buena nueva del Evangelio de Cristo; Y esto tendrá lugar en todas las épocas de la humanidad desde que los Apóstoles predicaron la doctrina Evangelica hasta que Jesús apareza para dar á cada hombre el premio ó el castigo eterno.

Pronto, muy pronto la voz de Cristo es oída en todo el mundo conocido y aceptada por los que oyeran las enseñanzas apostólicas y por los discípulos de éstos.

No mucho tiempo había transcurrido desde la predicación de los Apóstoles, cuando el número de los católicos crecía y crecía, que Plinio, el joven Procurador de Asia, escribiera á Trajano aquel memorable testimonio, con el que los católicos probarán siempre la fuerza difusiva del catolicismo, que hasta tal extremo había sido seguido por los hombres de todas las edades y de todos los pueblos, ciudades y aldeas, que temía que el contagio prosiguiera y los templos quedarán desiertos y las solemnidades religiosas interrumpidas.

Este acontecimiento, registrado primeramente por Plinio y luego por otros, entre ellos Séneca y Tertuliano, se ha efectuado en todos los siglos, y de modo que, según afirmaba Séneca, en su tiempo: los venidos *dieron ley á los vencedores*; esto es, los que eran martirizados imponían su doctrina á sus verdugos. La fuerza divina difusiva del cristianismo permanece extendiéndolo en los siglos siguientes

tas á los que las autoridades de Plinio, Séneca y Tertuliano se refieren. Los pueblos que se habían establecido desde el Elba y Saale hasta el Don y el Ural, y entre el mar Báltico y el Adriático oyen la dulce doctrina del Crucificado en tiempo de Carlomagno y con la ayuda de los francos y de los griegos, y muy particularmente por el celo apostólico de aquellos santos barones, San Cirilo y San Metodio, y se convierten á la fe los moravos pertenecientes á la numerosa familia eslava. A los moravos hay que agregar los bohemios y otros esclavos alemanes. Resuena la voz de los obreros de Cristo en Polonia y este pueblo recibe las aguas del bautismo; los rusos, también de raza eslava, tienen en el año 955 una Princesa que hace un viaje á Constantinopla y con gran solemnidad se la administran las aguas regeneradoras, principiando la conversión que tendrá su cumplimiento cuando el nieto de esta Princesa, llamada antes Olga y después de bautizada Elena, obtiene la mano de Anar, Princesa griega, con la condición de que sería bautizada. Wladimiro, que así se nombraba el Príncipe, destruye los ídolos y el pueblo ruso es limpio de la culpa por el Sacramento del bautismo. Desde aquella época, comienzos del siglo XI, el pueblo ruso deja de sacrificar víctimas humanas á sus falsas divinidades. La poligamia, los divorcios sin causa, la venta de los prisioneros y de los esclavos cristianos son abolidos. ¿Qué cambio tan grande ha operado el cristianismo en todos los pueblos? ¡Y que hoy nuestros modernos lo soben en cara que no sirve para civilizar á las naciones, y que se opone al progreso, es una cosa, que parece incomprensible que tanta sea la ignorancia ó la ceguera de hombres!

En Rusia, á causa de la comunicación con el pueblo griego, se separó de la verdadera cabeza de la Iglesia, que es el Romano Pontífice; y no desconocen los católicos las persecuciones de los Emperadores de este pueblo á los católicos, y muy especialmente en el siglo pasado. La tiranía era absoluta y la crueldad exquisita. El actual Emperador publica el año anterior, en 30 de Abril, un ukase sobre la libertad de conciencia, que confirma por otro del 20 de Octubre, indico es esto de que no continúa la opresión á los católicos, y la doctrina de la Iglesia que no necesita más que libertad, no entendida como nuestros demócratas la entienden, en virtud de su fuerza divina de difusión, en seguida penetra en el ánimo de quien sus preocupaciones la escuchaba y la acepta. Así, el telegrafo nos ha transmitido la consoladora noticia de que el señor Obispo de Wilna ha remitido á las Autoridades civiles una lista de 20.000 personas que se han adherido al catolicismo desde que se publicó el ukase imperial estableciendo la libertad religiosa.

Los cálculos de los hombres, vanos serán destruidos por las disposiciones de la adorable Providencia y la Iglesia subsistirá, pese á las pasiones no comprimidas de sus enemigos.

Anacleto Heredero.

Falta de etiqueta.

A un doctor palacio consultaba cierto día una infanta sus dolencias, mientras él, respetuoso, le escuchaba haciendo exageradas reverencias.

Así pasó el doctor más de una hora, lleno de tímidos, casi convulsos, junto á la serenísimas señora, sin atreverse ni á tomarla el pulso.

—¿Qué me aconseja usted?

—Lo más sencillo; gracias á Dios, la enfermedad no es grave. Tómese vuestra alteza un cortadillo del agua de Looches, que es muy suave.

—¿Looches? —El doctor, todo turbado creyó haber cometido una torpeza, y repuso: —Perdón; me he equivocado; quise decir lo *echo* vuestra alteza.

Miguel Ramos Carrión.